

los, las nociones arriba citadas de *sistema* y *signo* que tanto interesan hoy en día y que, aparentemente, sí fueron tratadas por los españoles del siglo XIX.

Los capítulos referentes a los estudios del castellano y otros dialectos peninsulares, que vienen a constituir las partes menos atendidas por su autor, son, en cambio, las que aportan más conocimientos sobre el quehacer lingüístico en la España del siglo pasado. Su situación secundaria dentro del plan de la obra, sin embargo, los hace insuficientes.

Las páginas 385-387 están dedicadas a las conclusiones, que resultan totalmente contrarias a lo que se ha leído poco antes. Si se nos dice que hemos podido contemplar la inquietud del siglo XIX "por todo lo que con el lenguaje se relacionaba y asistir a la elaboración y enriquecimiento de un método científico en los estudios lingüísticos", la impresión del lector es la de la pobreza del pensamiento español con respecto a los pasos que daba la ciencia del lenguaje en el resto de Europa, sin poderse uno explicar en dónde o en qué momento asistimos a la creación de un método lingüístico. Si antes se ha quejado Mourelle-Lema del atraso en los conocimientos comparatistas de Milá (p. 188), por ejemplo, no es posible concluir ahora que "Milá y Fontanals, como medievalista y provenzalista, nada tiene que envidiar de los de más allá de nuestras fronteras".

LUIS FERNANDO LARA

El Colegio de México.

MANUEL ALVAR, *Estructuralismo, geografía lingüística y dialectología actual*. Gredos, Madrid, 1969; 167 pp. (*BRH, Estudios y ensayos*, 137).

El libro que ahora nos ofrece Manuel Alvar aparece dividido en dos partes: "Las tendencias actuales" (pp. 9-94) y "La cartografía lingüística" (pp. 95-167), y concluye con 34 láminas, de desigual utilidad para el lector. Las dos partes están relacionadas, tanto como lo están la teoría y la práctica de la Dialectología. Es innegable, sin embargo, que la segunda de ellas es la que mejor muestra la enorme experiencia y profesionalismo del autor, y la que dejará en el lector las mejores enseñanzas.

La primera parte, perfectamente documentada, con amplias referencias bibliográficas, puede subdividirse en dos secciones: una teórica sobre "Estructuralismo y dialectología" (pp. 17-34), en donde le hubiéramos agradecido al autor una mayor extensión, y otra teórica también, pero abundantemente ejemplificada, sobre las relaciones que la dialectología tiene con la fonología y la fonética, y con la sociología. (El capitulito dedicado a "Las grabaciones y la dialectología", pp. 79-86, parece salirse un poco del carácter teórico que tienen los demás capítulos de esta primera parte).

A lo largo del libro, pero sobre todo en el capítulo "Estructuralismo y dialectología", se percibe una mesurada actitud polémica. Por una

parte defiende Alvar la vigente validez de la metodología románica, y por otra manifiesta sus reservas ante métodos estructuralistas que excluyen del estudio del fenómeno lingüístico la historia u otros ingredientes culturales, y sin duda es por ello que insiste, en un capítulo de la segunda parte, en la necesidad de incluir en los cuestionarios dialectales asuntos etnográficos, sumando así al mero interés lingüístico el cultural, y es así como se pueden rescatar no sólo palabras sino aspectos de cultura que por supuesto van íntimamente ligados a fenómenos lingüísticos en general, y léxicos en particular. Tratándose de fenómenos dialectales “es difícil que todo el material que la dialectología acopia se pueda incluir en estructuras cerradas” (p. 20); páginas adelante evidencia nuevamente esta dificultad al demostrar que es un mito “la unidad [lingüística] del municipio, pero mito, también la unidad lingüística del individuo” (p. 77). No son, pues, tan evidentes para Alvar las ventajas de ciertos conceptos estructuralistas como el de *idiolecto*, si se considera que “desde el punto de vista estructural, vino a ser tan deslizando... como lo fue el *dialecto* para los tradicionalistas” (p. 23). (De paso, hace notar también el error en que incurren ciertas críticas al identificar *dialectología tradicional* con *mala dialectología*).

Es obvio, por otra parte, que pueden hacerse estudios estructurales dialectales (y de hecho se hacen) cuando se estudia la estructura de la diferenciación, o —como opina Diego Catalán— cuando no sólo se *describen* los hechos lingüísticos, sino que también se *explican*. Es especialmente interesante la función que la fonología desempeña en la dialectología para hacer de ella un estudio estructural, y elocuente sobremano la ejemplificación que el autor hace de este problema trayendo a cuento los diferentes sistemas fonológicos propuestos para el vocalismo andaluz. Pero insiste con mucha razón Alvar en que la dialectología perdería su sentido si sólo atendiera a los fenómenos fonológicos, y menciona cómo el estudio del *polimorfismo* puede tener cabida “si se consideran los hechos del habla y no sólo los de la lengua” (p. 47); podría verse entonces cómo este aspecto de la dialectología, que parece aportar poco o nada a la fonología sincrónica, es muy importante para la diacrónica.

Las relaciones que se establecen entre la sociología lingüística y la dialectología también son tratadas en su justa medida por el autor. En cuanto al proyecto del P.I.L.E.I. del *Estudio coordinado de la norma lingüística culta de las principales ciudades de Iberoamérica y España*, Alvar deja entrever cierto pesimismo porque sólo se piensa estudiar la norma culta. Pero ¿sería realizable —práctico— el estudio de todas las capas culturales? Además, me parece que tal vez en la descripción científica de la *norma culta media* será posible distinguir precisamente lo esporádico de esa norma, debido a influencia de una capa social inferior o superior y al grado de esa influencia, o sea que en definitiva se puede esperar un promedio bastante aceptable de la *koiné* lingüística de la ciudad.

El último capítulo de la primera parte está dedicado a “Las grabaciones y la dialectología”. En él expresa Alvar su prudente opinión sobre el uso de grabadoras magnetofónicas para las encuestas. A las

ventajas —más numerosas, creo, que las desventajas— que ofrece este aparato para el investigador, y que Alvar analiza detenidamente, me parece conveniente añadir una muy importante: los estudios de morfología y sobre todo de sintaxis dialectal se facilitan muchísimo si se toman corpus lingüísticos amplios, y éstos son muy difíciles de lograr por medio del simple cuestionario, y muy asequibles por medio de conversaciones grabadas en cintas magnetofónicas, en donde se pueden estudiar con toda comodidad los fenómenos sintácticos en su contexto íntegro.

En la segunda parte del libro, "La cartografía lingüística", de carácter casi totalmente metodológico, trata el autor problemas concretos, ejemplificándolos con gran esmero. Se queja, por ejemplo, del divorcio, actual todavía, entre la geografía lingüística y la fonología, pero sin restar importancia, sino todo lo contrario, a la transcripción fonética minuciosa, que tanta luz puede proporcionar a la fonología diacrónica. Se detiene a analizar asimismo el problema del cuestionario dialectal —¿uno o varios?—, aconsejando en definitiva el cuestionario único para los atlas de pequeños dominios, y la pluralidad para los de grandes dominios. Me parece que hubiera resultado muy valiosa la opinión de Alvar sobre un problema no tratado a fondo en el libro, y que creo que reviste cierta importancia metodológica: ¿Cuál es la extensión aproximada más deseable para el alfabeto fonético que se utilice en un atlas lingüístico, de pequeño o de gran dominio territorial? ¿Es conveniente que incluya, digamos, los 262 alófonos del *ALPI*? ¿No valdría la pena reducir en algo este elevado número de variantes y matices para que la lectura de los mapas sea un poco más expedita? Creo que sobre este punto la opinión del más experimentado dialectólogo español sería de mucha utilidad.

Alvar toca también el tema de la unidad o pluralidad de investigadores: "Mi opinión, hoy, es favorable a la pluralidad, siempre y cuando no se llegue a la atomización del trabajo" (p. 137). ¿Unidad o pluralidad de informantes? "Éste, al menos, ha sido mi criterio en los atlas que he realizado: un sujeto para cada localidad; con él rellenaba todo el cuestionario. Después, informes secundarios de los conocedores de cada oficio me permitían completar la terminología de las pequeñas técnicas: almazaras, molinos, fragua, carpintería, etc." (p. 143). Sin embargo, en el capítulo de "Sociología lingüística" (de la primera parte) se refiere Alvar a las diferencias de habla femenina —debidas ciertamente no al sexo sino al desempeño social— y a las diferencias generacionales. ¿Cómo puede entonces recomendarse un solo informante?

Después de hablar de las necesarias relaciones que hay entre "Atlas lingüísticos y etnografía" (pp. 145-152), toca el autor, en el capítulo intitulado "La comparación de los mapas confirma los principios metodológicos", el problema de los atlas nacionales y regionales, y por varias razones y a través de gran número de ejemplos se pronuncia en favor de los atlas regionales: "Un atlas de gran dominio debe tener una red muy clara para que sea abarcable, pero entonces pierde su precisión" (p. 158). Sin embargo, reconoce por otro lado que "la falla mayor de los atlas regionales está en la difícil coordinación de tan-

to material disperso y en lo minúsculo de la zona asignada a cada explorador" (p. 162).

JOSÉ G. MORENO DE ALBA

Centro de Lingüística Hispánica.

LUBOMÍR BARTOŠ, *El presente y el porvenir del español en América*. Universita J. E. Purkyně, Brno, 1971; 87 pp. (*Opera Universitatis Purkynianae Brunensis*, Facultas Philosophica, 167).

Curioso, en verdad, este libro. Curioso por el tema, que ha despertado el interés de un lingüista checoslovaco, y por el enfoque que ha dado a su estudio. Curioso por el procedimiento de análisis que emplea. Curioso, entre otras muchas razones que sería largo enumerar, por el prejuicio del que parte para hacer el estudio del problema. Esto último no es interpretación subjetiva de mi parte; paladinamente lo declara el autor: "En nuestras consideraciones vamos a partir de la tesis de que no será igual el futuro del español europeo y el del español americano, ni el futuro del español en los distintos países de la América española" (p. 40). Y, partiendo de esta tesis, el autor no vacilará en interpretar lo que se ha dicho, a lo largo de los años y sea por quien sea, en torno al porvenir de la lengua española de la manera que mejor convenga para reforzar su presuposición.

Se servirá, en primer lugar, de las afirmaciones más "líricas" e hispánicamente enardecidas de los no escasos puristas —cuya opinión suele desestimar, con toda razón, en la mayoría de los casos— para mostrar hábilmente la "peligrosa" situación en que se encuentra ya la unidad de la lengua castellana. Y así prefiere adherirse a la autoridad alarmista de gramáticos ya obsoletos, como Darío Rubio<sup>1</sup>, que a la de filólogos contemporáneos, menos cargados de prejuicios puristas, como Ángel Rosenblat<sup>2</sup>. Admitamos, no obstante, que aquéllos pudieran estar en lo cierto y éstos se confundieran, ofuscados por el deseo de preservar la unidad del idioma. ¿Se demuestra tal cosa en el presente libro? Creo sinceramente que no. Quien espere encontrar aquí un análisis de la situación lingüística —fonética, morfosintáctica y léxica— del español americano, quedará completamente defraudado. Lo que hace el lingüista checo es reunir una amplia serie de citas sobre el problema<sup>3</sup>, criticarlas con innegable agudeza, y sacar las conclusiones que convienen a su tesis. Con agudeza o con sorprendente habilidad: de un mismo

<sup>1</sup> De quien acepta la "concepción realista" siguiente: "Todos los hispanoamericanos creemos y afirmamos, con la mayor naturalidad del mundo, que hablamos castellano; y sin embargo, paso a paso cada día nos apartamos más y más de este lenguaje" (p. 71).

<sup>2</sup> Cuya opinión rechaza, al citar sus palabras: "Lejos de tender el español de América a la independencia lingüística, se orienta cada vez más hacia la unidad".

<sup>3</sup> Para varias de las cuestiones tratadas en el libro, le hubieran sido de gran utilidad los desaforados juicios de AMÉRICO CASTRO sobre el español argentino, contenidos en el librito en torno a *La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico* (que parece desconocer): popularismo, resquebrajamiento de la norma, descuido lingüístico, aplebeyamiento, etc.